

diz los últimos pliegos de París, anunciando que allá iba el almirante Rosily, noticia que en sus principios no hizo un gran efecto en el ánimo de Villeneuve. La idea de servir honrosamente bajo un jefe más anciano que él y de mayor graduación, conduciéndose á su lado con la bizarría propia de un segundo cabo, parecía ensancharle el corazón descargándole del peso de una tan enorme responsabilidad; pero estaba ya Rosily en Madrid, y todavía no se le había dicho de oficio á Villeneuve cuál habría de ser su papel en cuanto se presentara en Cádiz el nuevo almirante. Fué, pues, natural que comenzara á creerse destituido pura y simplemente del mando de la armada, y por tanto, privado del consuelo de volver por su honra combatiendo con inimitable arrojo en calidad de segundo cabo. Animoso, pues, de huir la situación de un extremo de tanto descrédito, y como se miraba autorizado para salir de aquel puerto siempre que reconociera las fuerzas del enemigo inferiores á las suyas, y aun compelido á ello una vez llegado ese caso, ya no quiso ver en los partes últimamente recibidos sino un motivo poderoso para usar inmediatamente de aquella autorización, dando sin perder instante la señal para que todo el mundo se aprestase á dar la vela. En efecto, el 19 de octubre (27 vendimiario) después de haberse descubierto una brisa de Sudeste, echó mar adentro al contraalmirante Magón con una división que ahuyentó á un buque y varias fragatas enemigas, fondeando por la noche fuera de bahía, y en la mañana del 20 (28 vendimiario) salió igualmente de ella el almirante Villeneuve con toda la armada. Los vientos eran flojos, inconstantes y soplaban del Este. Villeneuve dió proa hacia el Sur, llevando de frente aunque inclinada un poco á la izquierda la escuadra de reserva mandada por Gravina. Las armadas combinadas se componían, como ya se dijo, de treinta y tres navíos, cinco fragatas y dos bergantines; ofrecían un aspecto hermoso; los buques franceses maniobraban bien, los españoles bastante mal (1) en su mayor parte.

Aun cuando todavía no se dejara ver el enemigo, en el continuado derrotar de sus fragatas se daba á conocer que no estaba lejos; y efectivamente no tardó en descubrirle el *Aguiles*, aun cuando no distinguió ni señaló sino diez y ocho velas, dando así ocasión para que todo el mundo se saborease un instante en la creencia de que los ingleses parecían con fuerzas muy inferiores, y más Villeneuve, en cuya alma vino á lucir un rayo de lisonjera esperanza, el último que se le tenía reservado en esta vida.

Dió en aquella misma tarde la orden de formar en batalla sin atender á otra cosa que á la celeridad, alineándose contra el buque que lograrse ponerse más á sotavento, lo cual valía tanto como decir que cada bajel se colocaría, no en el lugar que por su rango pudiera pertenecerle, sino en aquel á que su mayor ó menor ligereza le llevara, debiendo formar al lado del que le aventajase. La brisa había variado ya. La proa miraba al Sudeste, es decir, hacia la entrada del Estrecho. Todas las naves de la armada habían ejecutado zafarrancho.

Se pasó toda la noche viendo y oyendo sin cesar las

(1) Hasta el tres por ciento *español* le había de encontrar Thiers *detestable*, á no temer las habladurías del telégrafo. (N. del T.)

señales de las fragatas inglesas, que con ahumadas y cañonazos anunciaban á Nelson el rumbo de nuestras escuadras. Al romper el alba se vió que los vientos venían del Oeste, siempre mainos, siempre inconstantes; una mar de leva, con las olas harto elevadas aunque no muy bravas, el sol resplandeciente é hiriendo con sus rayos las velas de la armada enemiga, que apareció como dispuesta para unos en dos grupos, para otros en tres, y venía navegando con dirección á la nuestra, aunque apartada todavía unas cinco á seis leguas. Ordena Villeneuve al momento que la línea se forme con regularidad, conservando cada buque el lugar en que había pasado la noche, cerrándose unos contra otros cuanto fuera posible y cuidando de quedar con las amuras á estribor, disposición con la cual se recibía el viento por la derecha, lo que era natural, pues que se tenían los vientos al Oeste para caminar hacia al Sudeste, desde Cádiz al estrecho. Malditamente formada quedó la línea, porque con un oleaje tan recio y una brisa tan débil, muy difícil se hacía la maniobra; circunstancia tanto más sensible cuanto que todavía salía agravándola la inexperiencia de una parte de las tripulaciones.

La escuadra de reserva, compuesta de doce bajeles, caminaba independiente de la principal, y siempre se mantenía delante de ésta en dirección del viento; ventaja indisputable porque con *dejar arribar*, es decir, con ceder al viento, le quedaba el medio de unirse con aquella cuando quisiera y tomar la posición que mejor le pareciera, como por ejemplo, coger al enemigo entre dos fuegos en cuanto se le viera empeñado en el combate. En el supuesto de considerarse necesaria la formación de una escuadra de reserva, sin duda que las circunstancias exigían entonces esta precaución. El almirante Gravina, de un juicio sagaz y recto en las empresas (2), comunicó sus señales á Villeneuve, solicitando le concediese la facultad de maniobrar con entera independencia; pero le fué negada, sin que alcancemos los motivos que semejante negativa aconsejaban. Quizás temiera Villeneuve un compromiso para la escuadra de reserva por hallarse en posición avanzada, creyendo que no le sería posible marchar á su defensa por encontrarse él más atrás y á contraviento; pero ni semejante excusa era admisible, pues ya que se reconociera en la imposibilidad de ir á socorrerla, á tiempo estaba siempre para atraérsela; lo que poniéndola inmediatamente en línea, se privaba de un destacamento movable que se encontraba en un puesto muy útil para la maniobra, y agrandaba sin provecho su línea, ya sobrado extensa con los veintiún bajeles, cuanto más con los treinta y tres de que se iba á componer. Así, lo que á Gravina se le respondió fué que viniera á ponerse en línea con la escuadra principal, y eso por medio de señales que toda la armada distinguió. El contraalmirante Magón, cuyas dotes no desdecían de las de Gravina, reparando en los masteleros de ambos almirantes el objeto de la demanda y luego la respuesta, exclamó diciendo que era ésta un solemne desacierto, reprobándolo sin rebozo en presencia de todo su estado mayor.

La intención del enemigo ya se manifestó más á descubierto á cosa de las ocho y media de la mañana; y

(2) Con algo más obsequia la justicia su memoria, pero menos es nada. (N. del T.)

los varios grupos de la escuadra inglesa menos difíciles de distinguir, por lo mismo que más y más se aproximaban cada vez, parecían entonces como confundidos en solos dos. Claramente venían pregonando el plan de Nelson, el plan de cortar nuestra línea en dos puntos. Navegaban á toda vela y viento en popa, muy favorecidos para su proyecto de arrojar á través del rumbo que llevábamos, como que venían con viento del Oeste al encuentro de nuestra extensa línea, formada de Norte á Sur y un tanto inclinada al Este. La primera columna, compuesta de doce navíos y mandada por Nelson, amenazaba á nuestra retaguardia. La segunda, colocada con quince velas al Sur de la primera y dirigida por Collingwood, venía contra nuestro centro. Este impulso instintivo que nos mueve á la defensa de lo que vemos en mayor peligro, hizo entonces que Villeneuve pensase en proteger su retaguardia y mantenerse al propio tiempo en comunicación con Cádiz, que le tenía detrás á la parte Norte, á fin de poder contar con un asilo si acaso llegara á verse en derrota. Dió, pues, la señal de virar todos á la vez y en redondo, con cuyo movimiento quedó la línea como antes estaba en cuanto á su extensión y rectitud, pero avanzada hacia el Norte en lugar de estar corrida hacia el Sur.

La sola ventaja de semejante evolución consistía en el espacio ganado hacia Cádiz, porque con adelantarse nuestra escuadra en columna hacia el Norte, en lugar de correrse hacia el Sur, lo que conseguía era cambiar los puntos amenazados ofreciendo al enemigo otros diferentes, que quedaban como siempre descubiertos al empuje de las dos columnas enemigas que venían á cogerla de través. Aquí fué cuando debió de echarse de menos con más razón que nunca la posición independiente, y al viento, que un poco antes ocupaba la escuadra de reserva, posición que en este lance la hubiese permitido maniobrar contra uno de los dos grupos de la armada inglesa; cuando ya lo único que se podía hacer era estrechar la línea, regularizarla y arrimar cuanto posible fuera á su debido lugar los navíos que rendidos á sotavento dejaban espacios harto capaces de permitir el paso á los bajeles enemigos.

Pretender que aquellos navíos entrasen en línea regular con los demás era cosa poco menos que imposible, ya atendamos á los vientos que entonces reinaban, ya á la inexperiencia de la marinería. Lo único que hubiera podido practicarse era *dejar arribar* en masa, tratando de alinearse con los buques sotaventados, cuya maniobra habría ocasionado un cambio de sitio general, y quizás nuevas irregularidades todavía mayores de las que se quisieran corregir. Por lo mismo ni se pensó en eso. Quedó la línea mal formada, sin poner de bajel á bajel una misma distancia, y aun hubo algunos de ellos que se quedaron á la derecha del puesto que les correspondía, mientras que otros se quedaron mucho más atrás. Y como la brisa en su inconstancia hubiese obrado con mayor fuerza en las velas de retaguardia y las del centro, estos dos puntos quedaron demasiado atracados; lo cual fué causa de que Villeneuve ordenase que la cabecera de la línea forzase velas, á ver si todo lo demás de ella lograba desahogarse un poco; pero por más que repetía las señales para que cada uno acudiese á su lugar, de muy pocos pudo lograrlo, aunque en todos hubiera el deseo y la voluntad de obedecerle. Las

fragatas colocadas á la derecha y á sotavento de la escuadra, cada cual de ellas al frente de su navío almirante, estaban sobrado apartadas y ningún otro servicio podía esperarse de ellas sino la repetición de las señales.

En fin, las once de la mañana serían cuando se acercaron á nuestra escuadra las dos columnas enemigas, que venían viento en popa y á velas desplegadas, navegando sin guardar más orden que el que daba la velocidad, aunque con la precaución de guardar al frente los navíos de tres puentes. Siete eran los que de esta



El almirante Villeneuve

clase llevaba, mientras que nosotros no teníamos sino cuatro, y por desgracia españoles (1), es decir, menos capaces de prestar el servicio que de su superioridad podía esperarse. Así, aun cuando solos veintisiete buques llevaran los ingleses contra nuestros treinta y tres, la misma artillería contaban en su banda, y por consiguiente iguales estaban en fuerza, con la ventaja además de la práctica en el mar, la costumbre en el vencimiento, un gran general á la cabeza, y en aquel día los favores de la fortuna, pues que hasta con el viento les ayudó. Negadas nos estaban todas esas condiciones que aseguran el triunfo; pero teníamos con nosotros la virtud que en muchas ocasiones rinde y postra la fuerza del destino, la resolución de vencer ó morir en la pelea.

A tiro de cañón se miraban ya las dos armadas, pero Villeneuve, no queriendo faltar á una de esas precauciones que con frecuencia se toman en la mar, aunque valiera más haberla olvidado en aquella ocasión, tenía ordenado que no se rompiera el fuego hasta tener más inmediato al enemigo. En el hacinamiento de velas que

(1) Porque el nombre lo dice todo, y basta que el Sr. Thiers lo asegure. ¿No cabía relatar las cosas sin venir á parar en esa insultante calificación? (N. del T.)



presentaban las dos columnas inglesas, cada descarga les habría causado terribles averías. Como quiera, hacia el mediodía fué cuando la columna del Sur, mandada por el almirante Collingwood, aventajando un poco á la de la parte Norte dirigida por Nelson, cayó como á mitad de nuestra línea por frente del *Santa Ana*, navío español de tres puentes. El navío francés el *Fogoso*, colocado detrás del *Santa Ana*, hizo entonces fuego contra el *Real Soberano*, buque de ciento veinte cañones en el cual llevaba Collingwood su pabellón y que venía en cabeza de fila de la columna inglesa; ese mismo ejemplo siguió al instante toda la línea franco-hispana, disparando contra la enemiga con el mayor ardimiento. Quedó el *Real Soberano* tan maltratado que se llegó á sentir el no haber roto el fuego mucho más pronto; con todo, continuó aquél su movimiento tratando de meterse entre el *Santa Ana* y el *Fogoso* para pasar por el espacio dejado entre los dos navíos, y aunque forzó de vela el último con el fin de cerrar el paso, no le fué posible llegar á tiempo, antes le vió pasar por entre su proa y la popa del *Santa Ana*, sacudiendo sobre este último una descarga de babor de balas y metralla á la vez que le cogieron de cabo á cabo, causándole un destrozo horrible. No por eso dejó de enviar al mismo tiempo contra el *Fogoso* su andanada de estribor, pero sin gran fruto, mientras que él por su parte recibió del bajel francés un daño considerable. Los demás buques de esa columna inglesa que habían seguido juntos con su almirante, cayendo sobre la línea franco-hispana de Norte á Sur, hacían mientras tanto todo cuanto podían para cortarla, esforzándose á penetrar por los claros á fin de ponerla entre dos fuegos acorralando sus extremos. Quince velas eran las inglesas que allí se encontraban empeñadas contra diez y seis nuestras. Si cada cual hubiese cumplido su deber, no cabe duda que habrían podido tenerse con los quince navíos ingleses los diez y seis franco-españoles, sin necesidad de que la vanguardia viniese á socorrerlos; pero se veían ya varios bajeles que por mal dirigidos se habían dejado separar de sus puestos, tales como el *Bahama*, el *Montañés*, el *Argonauta*, todos tres españoles (1), que estaban ó á la derecha ó á la parte atrás del punto que hubieran debido ocupar en batalla, fatal ejemplo que siguió también el navío francés *Argonauta*. No así el *Fogoso* ni el *Plutón* ni el *Algeciras*, quienes con ardimiento inimitable y con una rara energía acometieron contra casi todas las velas enemigas, teniendo que lidiar cada uno de ellos contra tres ó cuatro de los contrarios, sobre todo el *Algeciras*, montado por el contraalmirante Magón, que á brazo partido se empeñó con el *Tonante*, bombeándole con desesperada furia y con todo ya dispuesto para ejecutar su abordaje. El *Príncipe de Astu-*

(1) Oigamos muy á propósito al príncipe de la Paz: «Dijose en aquel tiempo, y después se ha repetido (como hoy lo repite Thiers) que el navío francés el *Argonauta* y el español *Montañés* no pelearon hasta el fin con los demás de la retaguardia; mas de uno y otro fué sabido que sus mayores averías estaban en los cascos. Peleando el *Montañés*, de un tiro de fusil cayó sin vida su capitán Alcedo. Don Francisco Castaños, su segundo, tuvo la misma suerte. Todas las bombas del navío estaban empleadas para achicar el agua, y aun esto no bastaba cuando se vió obligado á retirarse.» (Tomo IV, pág. 114.) En cuanto al *Bahama* y al *Argonauta*, señor Thiers, no debieron huir de las balas cuando como el *Santísima Trinidad* bajaron al seno de las ondas.

(N. del T.)

*rias*, mandado por el almirante Gravina, terminaba nuestra línea, y cercado también por los enemigos, venía la honra del pabellón español de la mala conducta (2) que la mayor parte de los suyos habían observado.

Apenas hacía media hora que había comenzado el fuego cuando ya cubría ambas armadas una espesa nube de humo, que la sutileza de la brisa no podía disipar; y de entre ese humarazo no otra cosa salía sino el continuo y horroroso estampido del cañón, que tendía sobre las olas los restos de arboladuras, ó ya los de una multitud de cadáveres espantosamente mutilados.

La columna del Norte, bajo las órdenes de Nelson, llegó unos veinte ó treinta minutos después de la de Collingwood, gobernando contra nuestro centro por el punto que ocupaba el *Bucentauro*. Hallábanse allí siete navíos formados por el orden siguiente: el *Santísima Trinidad*, en el cual iba el vicealmirante Cisneros; después el *Bucentauro*, montado por el almirante Ville-neuve, ambos en línea y tan juntos que el bauprés del segundo rozaba en la popa del primero; el *Neptuno*, francés; el *San Leandro*, español, ambos sotaventados y fuera de los puntos que debían ocupar en la línea, quedando por lo mismo abiertos; el *Tremendo*, perfectamente alineado con el *Bucentauro*, aunque apartado de éste el trecho bastante para el acomodo de dos bajeles; en fin, el *San Justo* y el *Indómito*, uno y otro sotaventados también, y dejando el hueco de sus puestos entre ese grupo y el *Santa Ana*, primero de la tanda atacada por Collingwood. De suerte que entre esos siete navíos los únicos que formaban eran el *Santísima Trinidad*, el *Bucentauro*, ceñidos uno contra otro como ya se dijo, y el *Tremendo*, teniendo por delante y por detrás el sitio de otros dos buques desamparado. Afortunadamente, si ya no para asegurar el éxito de la batalla, para gloria de nuestras armas por lo menos, había allí hombres cuya bizarria no se desconcertaba en los peligros. Sí, esos tres buques fueron entre los siete los solos que se mantuvieron en su puesto, y contra los cuales cargó toda la columna Nelson, compuesta de doce, siendo algunos de ellos de tres puentes.

El *Temerario* debía preceder al *Victory*, sobre el cual tenía Nelson su bandera; mas como la oficialidad inglesa llegara á temer que la capitana yendo la primera iba á ser hecha añicos, suplicó con instancias á Nelson que pusiese delante de él al *Temerario*, y no se obstinase en exponer una vida tan preciosa como era la suya. «No me opongo á ello, respondió Nelson; que se adelante el *Temerario*, si le es fácil.» En seguida cubrió el *Victory* con todo su velamen, y de esa manera se quedó á la cabeza de su columna. Apenas se arrimó á tiro de cañón cuando le hicieron un horroroso fuego el *Santísima Trinidad*, el *Bucentauro* y el *Tremendo*, arrancándole en muy pocos instantes uno de los masteleros de popa, despedazándole todo su aparejo y poniéndole fuera de juego una cincuentena de hombres. Nelson,

(2) ¿Hay mala conducta en dejarse hacer pedazos por la gloria y salvación de su bandera? ¡Mala conducta!.. cuando murieron combatiendo como héroes mil doscientos cincuenta y seis españoles, siendo mil doscientos cuarenta y uno los que salieron además heridos. ¿Sabe Thiers contra quién voca esa sangre inocente, noble y generosa? Contra el inepto Villeneuve, contra el presumido Decrés, cuya morosidad en el cumplimiento de sus deberes dió las palmas á la marina inglesa.

(N. del T.)

que andaba en busca del almirante francés, creyó reconocerle, no en el coloso *Santísima Trinidad*, sino en el *Bucentauro*, bajel francés de ochenta cañones que el almirante inglés quería envolver atravesando el claro que mediaba desde su puesto hasta el del *Tremendo*; pero mandaba en éste un intrépido militar, el capitán Lucas. Adivinó la intención del inglés en su mismo movimiento, y desplegando todas sus velas para recoger el menor soplo del viento, llegó por fortuna tan á tiempo, que con su bauprés sacudió y rompió el coronamiento que adornaba la popa del *Bucentauro*, de suerte que Nelson se encontró con el paso cerrado; pero se daba con un hombre que no sabía volver atrás. Así, obstinado en su empeño y no pudiendo separar con su proa aquellos dos bajeles tan estrechamente unidos, dejó que se cayera el *Victory* sobre toda la longitud del *Tremendo*, pegando costado contra costado, de manera que el choque y un ligero impulso de la brisa echaron fuera de línea á esos dos navíos, quedando de nuevo despejado el paso por detrás del *Bucentauro*. Varios fueron los buques ingleses que entonces acometieron á un tiempo aquel punto, resueltos á acorralar al *Bucentauro* y al *Santísima Trinidad*, mientras que otros gobernaron lo largo de la línea francesa arriba donde había diez navíos sin enemigos, contra los cuales soltaron algunas descargas, recogiendo inmediatamente hacia los navíos de nuestro centro, donde había tres que oponían á sus enemigos una resistencia heroica.

Los diez navíos franceses puestos en cabeza de la línea casi de ningún provecho vinieron á ser, que así lo había previsto Nelson. Villeneuve había enarbolado en sus palos de mesana y de trinquete los pabellones que significaban que ningún capitán estaba en su verdadero puesto sino mientras tenía descubierto su pecho al plomo del cañón enemigo. Esas mismas señales repetían las fragatas, según regla, haciéndolas más visibles en sus mástiles que lo que lo estaban en los del navío almirante, constantemente confundido entre una nube de humo; con la particularidad de que aquéllas añadieron á la referida señal los números de los buques que no habían entrado en acción, hasta que todos ellos respondieran á la voz del honor.

Mientras que de esta suerte se reclamaba el socorro de las velas que la maniobra de Nelson logró apartar de la línea, se había trabado en el centro una lucha sin ejemplo. El *Tremendo*, contra cuyo costado izquierdo parecía como pegado el *Victory*, tenía que lidiar también contra el *Temerario*, que se vino á colocar un poco atrás de su flanco derecho, y sustentaba contra ambos adversarios un combate furioso. Su capitán Lucas, después de haber ejecutado varias descargas con sus baterías de babor causando en el *Victory* un destrozo terrible, había tenido que renunciar al uso de la batería bajora, porque como por aquel lado ya estaban tocándose uno con otro los costados de ambos navíos, imposible se había hecho el juego de la artillería. Por consiguiente, cuantos marineros vió disponibles otros tantos colocó en las cofas y en los obenques para que despacharan sobre la cubierta del *Victory* un fuego homicida de granadas y fusilería, mientras que él se había de servir de sus baterías de estribor contra el *Temerario*, colocado á cierta distancia. Ansioso de rendir de una vez al *Victory*, mandó inmediatamente el abordaje; mas como su bu-

que no era sino de dos puentes y el enemigo de tres, menester se hacía que saltase toda la altura de ese tercer puente, salvando también un como foso para ponerse á bordo del contrario, porque foso puede llamarse el vacío que abren dos buques con su forma de ángulo entrante, aunque se tropezaban sus flancos á flor de agua. Lucas ordenó, pues, que al instante se formase una como escalera de paso entre los dos buques por medio de las entenas, sin que por eso cesara el horroroso fuego de fusilería que el *Tremendo* descargaba contra el *Victory* desde sus cofas y obenques. Nelson, con la casaca grasienta y rapada que vestía siempre que entraba en acción, y teniendo á su lado su capitán de bandera, el comandante Hardy, no quiso estar ni un solo instante aparte del peligro. A sus pies había ya caído muerto su secretario; una bala acababa de llevarse la hebilla de uno de los zapatos del capitán Hardy, mientras que otra bala de cadena vino arrebatando ocho marineros á la vez; y con todo, ese insigne nauta, justo objeto de nuestro aborrecimiento como de nuestra admiración, se mantenía impávido sobre su alcázar, observando aquella tan terrible escena, cuando desde las cofas del *Tremendo* le dispararon un balazo que le entró por la paletilla izquierda y penetró hasta los riñones. Al instante dobló las rodillas, y al cabo cayó de pechos sobre cubierta, á pesar del esfuerzo que hizo para sostenerse con una de sus manos; y en cuanto quedó tendido en el suelo: «¡Hardy!» exclamó dirigiéndose á su capitán de bandera. «Los franceses acabaron ya conmigo.» «No; todavía no se está en ese caso,» replicó Hardy. «Sí, sí, me muerdo,» añadió Nelson. Lleváronle á la cámara destinada para la curación de los heridos; pero sin conocimiento ya, pues eran muy pocas las horas que le quedaban de vida; durante las cuales sin embargo no cesaba de preguntar lo que se adelantaba en el combate ni de repetir un consejo que no tardó en probar su incomparable previsión. «Anclar, decía él, anclar la escuadra en cuanto se ponga el sol.»

Indecible es la turbación que la muerte de ese hombre produjo en el *Victory*. Ningún momento tan favorable para abordarle como aquel. El valiente Lucas, aunque ignorando lo que pasaba en el bajel de su enemigo, se había puesto ya con un pelotón de marineros escogidos sobre una de las entenas tendidas entre ambos navíos, cuando de repente el *Temerario*, que no cesaba de favorecer la defensa del *Victory*, suelta una espantosa andanada de metralla y barre con ella cerca de doscientos franceses entre muertos y heridos. Apenas quedó uno sano de los que se iban á echar al abordaje, y ni quedaba ya gente bastante para persistir en semejante empresa; por lo mismo no hubo más recurso que volver á las baterías de estribor, cuyo plomo sacó del *Temerario* una terrible venganza desmantelándole y poniéndole en un estado horroroso. Pero como si no fuesen bastantes dos navíos de tres puentes para rendir á uno de dos, todavía concurrió otro buque inglés contra los esfuerzos del *Tremendo*, el *Neptuno*, que acometiéndole por la popa y descargándole sobre él una granizada de balas le derribó dos palos, le desmontó gran parte de su artillería, hizo polvo una de sus cestoneras, dejándola en forma de una vasta tronera; el timón queda inservible; las roturas que las balas de cañón han



practicado á línea flotante se tragan á torrentes el agua, que se precipita en la sentina; todo el estado mayor está herido; de once pilotines que allí se encuentran, los diez están expirando; consta la dotación de seiscientos cuarenta hombres, y los quinientos veintidós ya se encuentran fuera de juego, siendo trescientos los muertos y doscientos veintidós los heridos; imposible, pues, la defensa de este heroico bajel traído á un tan lastimoso estado. Así, no hace otra cosa que arriar su pabellón, pero le rinde después de haber vengado en Nelson las calamidades de la marina francesa.

Como el *Victory* abordando al *Tremendo* se saliera con este buque de la línea de batalla, expedito quedó el paso para los enemigos que andaban tratando de acorrallar al *Bucentauro* y al *Santísima Trinidad*. Estos dos bajeles se mantenían como pegados uno con otro, pues que el *Bucentauro* tenía su bauprés rozando en la galería de popa del *Santísima Trinidad*. El buque más inmediato á su frente de los diez que no habían entrado en acción era el *Héroo*, que ya los había auxiliado al principio; pero como recibieron algunas descargas algo violentas, dejó á sus compañeros abandonados á su funesta suerte (1) entregándose al viento. Al entrar el *Bucentauro* en acción recibió algunas descargas del *Victory* que le pusieron muy malparada su popa, y no tardaron en cercarle otros bajeles ingleses que corrieron á reemplazar el del almirante británico, colocándose los unos á la popa de aquél y los otros á estribor, después de haber atravesado la línea. Así, por su popa y su derecha le estaban acribillando cuatro velas enemigas, dos de ellas de tres puentes. Villeneuve, tan sereno entre las balas cuanto tenía de irresoluto en medio de las congojas con que atormenta la responsabilidad del mando, se mantenía sobre su alcázar, esperando á que de entre tantos buques franceses y españoles como en torno suyo andaban, alguno de ellos, vendría á la defensa de su jefe. Peleaba, pues, con un denuedo sin par y aun con alguna esperanza de buen éxito. Como veía su izquierda libre de enemigos y un gran número de ellos acometiendo contra su derecha y contra su popa, consecuencia forzosa del movimiento que los ingleses habían ejecutado atravesando el centro de la línea, trató de cambiar de posición con ánimo de arriar la popa de su bajel y las baterías de estribor, dando frente al enemigo con las de babor; mas como tenía enredado su bauprés entre la galería del *Santísima Trinidad*, no le fué posible moverse. De viva voz ordenó al *Santísima Trinidad* que dejara arribar para poder efectuar la separación de ambos navíos; pero no tuvo efecto esa orden, porque el español, teniendo derribados ya todos sus palos, había quedado reducido á una inmovilidad completa.

Clavado por lo mismo el *Bucentauro* en su primera posición, no le quedaba más remedio que sufrir el horrible fuego con que se le acometía por la popa y por el costado derecho, sin poder servirse de sus baterías de la izquierda. Sin embargo, sostenía hidalgamente el honor del pabellón, respondiendo al enemigo con un

(1) El *Héroo* era francés, pero no por ello encontramos que se le puede aplicar con justicia la palabra *abandonados*. No tan sólo le habían muerto su capitán Mr. Paulin, sino que le dejaron sin arboladura y con el casco casi hecho pedazos. ¿Era en tal entender fácil la maniobra. (N. del T.)

fuego no menos tremendo que el que se le disparaba. Una hora duraba ya el combate cuando salió herido el capitán de bandera Magendie, y la misma suerte cupo al teniente Daudignón que vino á reemplazarle, teniendo que ponerse en su lugar al teniente Fournier.

A poco tiempo después ya bajaron rodando el palo mayor y el de mesana, causando en el puente un desorden espantoso. Fué, pues, preciso enarbolar el pabellón en el palo trinquete. Cogido el almirante en medio de una espesa nube de humo, ni siquiera podía distinguir nada de cuanto pasaba en el resto de la escuadra; mas como de repente abriera una clara, permitiéndole descubrir los buques que á la cabecera del suyo se mantenían inmóviles, hizoles la seña en el último palo que le restaba, ordenándoles que virasen todos á un tiempo y acudiesen al fuego. No bien quedaba desempeñada esa diligencia, cuando de nuevo volvió á perderse entre el infernal humarazo de aquel cráter, que vomitaba muerte y destrucción, teniendo que seguir combatiendo, y con el temor de que en breve le sería forzoso abandonar su bajel para pasar á cumplir sus deberes á bordo de otro. Las tres de la tarde serían cuando le derribaron su tercer árbol, que con sus fragmentos acabó de cegar el puente. Como la palma de la mano se quedó entonces el *Bucentauro*, con su costado derecho hecho añicos, su popa destruída y su arboladura por tierra. Así al desventurado Villeneuve no otra cosa se le oyó decir sino: «Inútil es ya mi estancia en el *Bucentauro*; voy á ver si encuentro mejor fortuna á bordo de otra nave.» Su primera idea fué tirarse inmediatamente á un bote y pasar á la vanguardia para traérsela después al combate; pero cuantos botes estaban amarrados al puente del *Bucentauro*, otros tantos había inutilizado el golpe de la arboladura en su caída, y los demás que iban á los costados del bajel las balas de cañón los habían reducido á polvo. Entonces por medio de la bocina se le dijo al *Santísima Trinidad* que aprestase y trajese al *Bucentauro* una lancha; pero en vano: no había voz humana capaz de hacerse entender entre tanta confusión, y el almirante francés debía resignarse á permanecer firme sobre aquella desentajada mole, pronta ya á sumergirse en las ondas, sin poder comunicar sus órdenes, y sin medios para ir y tatar la fortuna buscando la salvación de la armada que se le había confiado. La fragata *Hortensia*, que debiera haber corrido á favorecerle, ni siquiera se movió, sea que el viento se lo impidiese, sea que aquel tan tremendo espectáculo la tuviese llena de terror (2). De suerte que nada sino morir le quedaba á Villeneuve, y el infeliz más de una vez llamó entonces la muerte... Su jefe de estado mayor, Mr. de Prigny, acababa de ser herido allí á su mismo lado; tenía ya fuera de juego casi toda su gente, y el *Bucentauro*, desmantelado totalmente, barrenado por todas partes, con sus baterías calladas por estar unas desmontadas y otras cubiertas con los despojos de la jarcia, ni aún podía gozar la amarga satisfacción de responder con un cañonazo á tantos como se le disparaban. Las cuatro y cuarto serían cuando

(2) ¡Ah! Si la *Hortensia* hubiera sido española, ¡cuán á secas dijera Thiers que *por desgracia españoles!* Esa, esa fragata del almirante francés sí que pudo hacer más y mejor de lo que se quiso que hiciera el *Héroo*, también francés. En la historia nada tan noble, nada tan digno como la justicia. (N. del T.)

viendo el almirante que nadie venía á socorrerle arrió su pabellón, y una chalupa inglesa corrió á recogerle, conduciéndole prisionero á bordo del navío *Marte*. Se le recibió en él con cuantas atenciones se debían á su alto rango, á su desdicha y á su valor, recompensa harto triste para tamaño infortunio. Allí veía en fin la siniestra catástrofe que tanto llegó á temer, ora en las Antillas, ora en el canal de la Mancha; allí justamente donde más al abrigo de ella pensó encontrarse, en Cádiz, sucumbió sin el consuelo de haber perdido la vida en el desempeño de un portentoso designio.

También el *Santísima Trinidad* había caído en manos de sus numerosos enemigos durante aquel combate; es decir, que de los siete bajeles que componían el centro y habían sido atacados por la columna de Nelson, tres, el *Tremendo*, el *Bucentauro* y el *Santísima Trinidad* quedaban ya derrotados, sin haber logrado auxilio de los otros cuatro, el *Neptuno*, el *San Leandro*, el *San Justo* y el *Indómito* (1). Sotaventados ya estos últimos desde el principio de la acción, imposible les fué su formación en línea, sin que les quedara más arbitrio para prestar algún servicio que el de dejarse ir con el débil impulso del viento al centro de ella, pues que continuaba soplando al Oeste, y combatir con las diez y seis velas atacadas por el almirante Collingwood. Eso es lo que trató de hacer el buque francés *Neptuno*, bajo el mando del entendido capitán Maistral, que cumplió la maniobra manteniéndose constantemente abalanzado á los peligros y jugando con su artillería, ora contra el *Victory*, ora contra el *Real Soberano*, queriendo pasar á la defensa de la retaguardia, empeñada con la columna Collingwood; mas los otros tres, el *San Leandro*, el *San Justo* y el *Indómito* cedieron al empuje de la brisa expirante, que los apartó, no poco, del campo de batalla.

Como quiera, aún quedaban las diez velas de la cabecera, las cuales después de haberse tiroteado algunos instantes con la columna de Nelson, se vieron libres de enemigos. La seña que se les comunicó llamándolas al campo del honor, las cogió ya ó *sotaventadas* ó como varadas, por la extrema flojedad de la brisa. El *Héroo*, que, como más inmediato al centro, pudo durante un momento venir á la defensa de sus dos vecinos el *Bucentauro* y el *Santísima Trinidad*, según así lo dejamos dicho, no había tardado en dejarse llevar al débil soplo que respiraba todavía la atmósfera, y que por desgracia no parecía con fuerza sino para alejar nuestras naves del lugar del combate. Siquiera en ese bajel ya había corrido la sangre de su valeroso capitán Paulin, muerto á poco de empeñada la acción; pero en esa muerte pereció también el alma de toda aquella tripulación. El *San Agustín*, colocado detrás del *Héroo*, había sido perseguido y hecho prisionero por los vencedores del *Bucentauro*, como que apenas se sostuvo algunos instantes en su debido lugar, y otro tanto le sucedió al *San Francisco* (2). En una palabra, venían sucesiva-

(1) Dos franceses y dos españoles, que nada se pierde en contar y tenerlo presente antes que Thiers cargue á nuestra patria con la nota de poco cuidada del honor de su bandera, porque á eso ha de venir á parar. (N. del T.)

(2) De muy distinta manera cuenta el príncipe de la Paz esos hechos; antes dice: «Cerca de él pelearon (del *Santísima Trinidad*), aunque llegados tarde para poder salvarle, el *Neptuno*, *San Agustín* y el *Intrépido*.» Y más adelante: «Cagigal é Infernet, el primero en el *San Agustín*, el segundo en el *Intrépido*, no fueron

mente en esa línea de vanguardia los navíos *Monte Blanco*, *Duguay-Trouin*, *Formidable*, *Rayo*, *Intrépido*, *Escipión* y *Neptuno*, todos ellos habiendo recibido del contraalmirante Dumanoir la seña repetida de virar para abatirse sobre el centro, y casi todos permaneciendo inmóviles, ó por falta de inteligencia en la maniobra, ó por no poder hacer más, ó por no quererlo hacer. Ya por último obedecieron esa orden de su jefe cuatro de ellos, echando sus lanchas al agua para virar con ellas sus naves; que así lo hicieron el *Monte Blanco*, el *Duguay-Trouin*, el *Formidable* y el *Escipión*. Habiales prescrito Dumanoir una acertada maniobra, que consistía en no virar *viento en popa*, que les conducía necesariamente al centro de la línea, sino *viento en proa*, lo cual había de llevarlos fuera de aquélla, con la ventaja de ponerse en punto desde donde con *dejar arribar* caerían en medio de los combatientes cuando más conveniente les pareciera.

Dumanoir, que iba en el *Formidable* y que había alcanzado tanta gloria en el combate del *Algeciras* con el *Escipión*, el *Duguay-Trouin* y el *Monte Blanco*, comenzó, pues, su descenso de Norte á Sur toda la línea adelante.

Cualquiera que fuese el punto que eligiese, podía coger entre dos fuegos á los ingleses, pero era ya tarde: las tres por lo menos, hora en la que no otra cosa se alcanzaba á ver sino cruentas calamidades consumadas, y á no sentirse con la resolución de enterrarse en el común sepulcro de la marina francesa, razones muy poderosas debió alcanzar para no empeñarse de lleno en la refriega. Una vez puesto enfrente del centro, ya vió que el *Bucentauro* estaba tripulado por los ingleses, y también en poder de éstos el *Santísima Trinidad*, vencedores además del *Tremendo* mucho tiempo había, y que no obstante haber salido tan maltratados, aún corrían todavía contra los bajeles sotaventados. Durante esa maniobra no dejaron de causar las balas inglesas hartas averías en los cuatro buques de Dumanoir, quitándoles parte de su aptitud para el combate (3). Y como la columna victoriosa de Nelson saliera atacándole con vigor, y reparara que nadie venía á favorecerle, siguió su rumbo hasta llegar adonde estaba la retaguardia, compuesta de diez y seis velas francesas y españolas, todas ellas en acción con la columna de Collingwood. Allí, con resolverse al sacrificio, bien pudiera salvar algunos bajeles, ó por lo menos añadir nuevos nombres á las gloriosas muertes que habían de consolarnos después de una tan terrible derrota; pero desalentado por los destrozos que el plomo enemigo había labrado en sus naves, y consultando más bien con

menos dignos (que Valdés en el *Neptuno*) de alabanza.» Dos navíos enemigos impidieron al *Rayo* y *San Francisco* juntarse á estos valientes. (N. del T.)

(3) No nos duele que el historiador ande buscando disculpas para esos cuatro bajeles franceses; pero importa que oigamos en este punto á Godoy. — «Dumanoir (dice), contraalmirante, que teniendo á su cargo la vanguardia, sin esperar señales debió acudir al centro y socorrerlo, fué el más tarde, y faltando á lo mandado por aquéllas, después que hubo virado, ciñó el viento y dirigió su rumbo para pasar al barlovento de las dos escuadras. Cuando llegó fué sólo á ser testigo de la ruina de los bravos que pelearon sin su ayuda.»

No le hace; de algún modo se ha de dorar ese extraño porte en un jefe francés; la gracia está en que no se encuentra mala conducta sino en los españoles. (N. del T.)